

SIGRID NUNEZ

El amigo



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

EL AMIGO

SIGRID NUNEZ

Panorama de narrativas

Título de la edición original:
The Friend

Edición en formato digital: junio de 2019

© imagen de cubierta, Michael Blann / Getty Images.

© de la traducción, Mercedes Cebrián, 2019

© Sigrid Nunez, 2018

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2019
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4047-6

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

Has de darte cuenta de que no puedes esperar consolarte de tu dolor escribiendo.

NATALIA GINZBURG,
Mi vocación

Encontrarás en medio un gran cofre, con un perro sentado sobre él. El animal tiene los ojos tan grandes como tazas de té, pero no has de temerlo.

HANS CHRISTIAN ANDERSEN,
«El encendedor de yesca»

La pregunta que cualquier novela está tratando realmente de responder es si merece la pena vivir la vida.

NICHOLSON BAKER,
«El arte de la ficción n.º 212»,
The Paris Review

1

En los años ochenta, en California, un gran número de mujeres camboyanas acudieron al médico con la misma queja: no veían. Todas aquellas mujeres eran refugiadas de guerra. Antes de volar a su país natal habían sido testigos de las atrocidades por las cuales los Jemeres Rojos, que habían ocupado el poder desde 1975 hasta 1979, eran tan conocidos. Muchas de aquellas mujeres habían sido violadas, torturadas o vejadas de otro modo. La mayoría había visto asesinar a miembros de su familia. Una mujer que no volvió a ver a su marido ni a sus tres hijos después de que los soldados aparecieran y se los llevaran dijo que había perdido la vista tras haber llorado todos los días durante cuatro años. No era la única que parecía haber llorado hasta quedarse ciega. Otras sufrieron de visión parcial o borrosa, sus ojos quedaron afectados por sombras y dolor.

Los médicos que examinaron a aquellas mujeres -unas ciento cincuenta en total- no advirtieron nada extraño. Otras pruebas mostraron que sus cerebros también funcionaban con normalidad. Si aquellas mujeres estaban diciendo la verdad -y había quienes lo dudaban y pensaban que podrían estar haciéndose las enfermas porque buscaban atención o esperaban recibir prestaciones por discapacidad-, la única explicación era ceguera psicósomática.

En otras palabras, las mentes de aquellas mujeres, forzadas a digerir tanto horror e incapaces de asimilar más, se las habían arreglado para apagar las luces.

Esto fue lo último de lo que tú y yo hablamos cuando todavía estabas vivo. Después, solamente tu correo electrónico con una lista de libros que pensabas que me serían de ayuda en mi investigación. Y, por las fechas, tus mejores deseos para el Año Nuevo.

Había dos errores en tu obituario. La fecha en la que te mudaste de Londres a Nueva York: equivocada por un año. Una errata en el nombre de soltera de tu Esposa Uno. Pequeños errores que después corrigieron, pero que todos sabíamos que te habrían sacado de quicio.

Sin embargo, en tu homenaje oí algo que te habría divertido:

Querría poder rezar.

¿Qué te lo impide?

Él.

Te habría, te habría. Los muertos viven en el condicional, el tiempo de lo irreal, pero también está la extraordinaria sensación de que te has vuelto omnisciente, de que nada de lo que hagamos, pensemos o sintamos se te puede ocultar. La sensación extraordinaria de que estás leyendo estas palabras, de que sabes lo que dirán incluso antes de que las escriba.

Es cierto que si lloras lo suficientemente fuerte durante el tiempo suficiente puedes acabar con visión borrosa.

Yo estaba tumbada, era media tarde pero estaba en la cama. Tanto llorar me había dado dolor de cabeza, sentí un dolor punzante en la cabeza durante días. Me levanté y fui a mirar por la ventana. Ya era invierno, ya hacía frío junto a la ventana, hacía corriente. Pero era agradable, tan agradable como presionar la frente contra el cristal helado. Seguí parpadeando pero los ojos no se me aclaraban. Pensé en las mujeres que habían llorado hasta quedarse ciegas. Par-

padeé y parpadeé, cada vez más asustada. Entonces te vi. Llevabas tu cazadora de aviador *vintage* color marrón, aquella que era demasiado estrecha -y justo te quedaba mejor por eso- y tu pelo era oscuro y grueso y largo. Que es como estaba segura de que tenía que haber sido en su día. Hacía mucho tiempo. Casi treinta años.

¿Adónde ibas? A ningún sitio en concreto. Ni a un recado, ni a una cita. Simplemente paseabas, con las manos en los bolsillos, saboreando la calle. Era lo que a ti te iba. *Si no puedo caminar, no puedo escribir*. Trabajabas por la mañana y, en determinado momento, que siempre llegaba, cuando parecía que eras incapaz de escribir una simple frase, salías y caminabas unos kilómetros. Malditos eran los días en que el mal tiempo te lo impedía (cosa que raramente ocurría, porque no te importaba ni el frío ni la lluvia, solo una buena tormenta te lo impediría). Cuando regresabas, te volvías a sentar a trabajar, tratando de mantener el ritmo que se había impuesto durante la caminata. Y cuanto mejor se te hubiera dado, mejor escribías.

Porque el ritmo lo es todo, decías. Las buenas frases comienzan con un latido.

Publicaste en internet un ensayo, «Cómo ser un *flâneur*», acerca del hábito de pasear y deambular y el lugar que ello ocupaba en la cultura literaria. Te llovieron las críticas por preguntarte si realmente existió la figura de la *flâneuse*. No pensabas que fuese posible para una mujer errar por las calles con el mismo ánimo y la misma actitud que un hombre. Una transeúnte estaba sujeta a alteraciones constantes: miradas, comentarios, piropos, toqueteos. A una mujer se la educa para estar siempre en guardia: ¿el tipo ese andaba demasiado pegado?, ¿el tipo ese la estaba siguiendo? Entonces, siendo así, ¿cómo podría relajarse lo suficiente como para experimentar la pérdida del sentido del yo, el pla-

cer de limitarse a ser, que era el ideal de la verdadera *flâneurie*?

Concluiste que, para las mujeres, era probable que el equivalente fuese ir de tiendas, en particular, el modo de mirar escaparates de la gente que no piensa comprar nada.

No me pareció que estuvieses equivocado al respecto. He conocido a muchas mujeres que se mentalizan cada vez que salen de casa, incluso algunas que tratan de evitar salir de casa. Por supuesto, una mujer no tiene más que esperar llegar a cierta edad en la que se vuelve invisible y... problema solucionado.

Y date cuenta de cómo usaste la palabra *mujeres* cuando lo que realmente querías decir era mujeres jóvenes.

Últimamente he caminado mucho pero no he escrito. Me pasé de la fecha de entrega. Me dieron una prórroga por motivos personales. Volví a no cumplir con la fecha de entrega. Ahora el editor cree que estoy haciéndome la enferma.

No fui la única que cometió el error de pensar que, como solías hablar de ello, jamás lo harías. Al fin y al cabo, no eras la persona más infeliz que conocíamos. No eras el más deprimido (piensa en G, en D o en T-R). Ni siquiera eras - ahora suena raro al decirlo- el más suicida.

Por el momento que elegiste, tan cerca del comienzo del año, cabía pensar que se trataba de un propósito de Año Nuevo.

Una de las veces en que hablaste de ello dijiste que lo que te frenaría serían tus alumnos. Naturalmente, te preocupaba el efecto que un ejemplo así causaría en ellos. Aun así, por más que supiéramos que te gustaba enseñar y que te hacía falta el dinero, no le dimos mayor importancia cuando dejaste de dar clases el año pasado.

En otra ocasión dijiste que, para una persona que ha alcanzado una edad, podría ser una decisión racional, una elección perfectamente sensata, incluso una solución. No

como cuando una persona joven se suicida, que no es otra cosa que un error.

Una vez, nos partimos de la risa con tu frase *Creo que preferiría la novela corta de una vida*.

Que Stevie Smith llamase a la Muerte el único dios que ha de venir cuando se lo llama te encantó, y lo mismo ocurría con las diversas maneras en que la gente decía que si no fuese por el suicidio no podrían seguir adelante.

Paseando con Samuel Beckett una agradable mañana de primavera, un amigo suyo le preguntó: Un día como este, ¿no hace que te alegres de estar vivo? Yo no diría tanto, dijo Beckett.

¿Y no eras tú quien nos contó que Ted Bundy una vez trabajó en el teléfono de un centro de prevención de suicidios?

Ted Bundy.

Hola. Me llamo Ted y estoy aquí para escucharte. Háblame.

Que fuese a tener lugar un homenaje nos pilló por sorpresa. Nosotros, que te habíamos oído decir que nunca querrías algo así, que la sola idea te repugnaba. ¿Acaso Esposa Tres decidió simplemente ignorarlo? ¿Fue porque no llegaste a ponerlo por escrito? Como la mayoría de los suicidas, no dejaste una nota. Nunca entendí por qué se llama *nota*. Debe de haber quienes decidan no ser breves.

En alemán la llaman *Abschiedsbrief*: una carta de despedida. (Mejor.)

Tu deseo de que te incinerasen se ha respetado, al menos, y no hubo funeral, nada de shivá.¹ El obituario enfatizó tu ateísmo. *Entre religión y conocimiento, dijo, se ha de elegir el conocimiento.*

Qué cosa tan absurda para cualquiera que sepa algo de la historia judía, decía un comentario.

Cuando se celebró el homenaje ya había pasado el susto. La gente se distraía especulando cómo sería tener a todas las esposas en la misma habitación. Sin mencionar a las novias (todas juntas, según el chiste, no cabrían en una habitación).

Excepto por la sesión de diapositivas en bucle, con su recordatorio martilleante de la belleza y la juventud perdidas, no fue muy distinta de otras reuniones literarias. A la gente que conversaba en la recepción se la oía hablar de dinero, de premios literarios como desagravio y de la última reseña tipo *muere, autor, muere*. El decoro en esta ocasión exigía la ausencia de lágrimas. La gente aprovechaba aquella oportunidad para hacer contactos y ponerse al día. Chismorreos y cabezas que negaban acerca de los excesos de la Esposa Dos en el texto de homenaje (y ahora el rumor de que lo está convirtiendo en un libro).

La Esposa Tres, todo sea dicho, estaba radiante, aunque irradiase la frialdad de una cuchilla. Trátenme como objeto de compasión, anunciaban sus modales, insinúen que de algún modo tengo la culpa y los rajaré a todos.

Me conmovió que me preguntase qué tal iba mi escritura.

Tengo muchísimas ganas de leerlo, dijo falsamente.

No estoy segura de que lo vaya a terminar, dije.

Oh, pero sabes que él habría querido que lo terminases. (*Habría querido.*)

Ese hábito desconcertante suyo de mover lentamente la cabeza cuando habla, como si estuviese negando simultáneamente cada palabra que dice.

Alguien medio famoso se acercó. Ella, antes de darse la vuelta, preguntó: ¿Te va bien si te llamo?

Yo me marché pronto. Al salir oí que alguien decía: Espero que haya más gente que aquí en *mi* homenaje.

Y: Ahora es oficialmente un hombre blanco muerto.

¿Es cierto que el mundillo literario está minado de odio, que es un campo de batalla rodeado de francotiradores donde las envidias y las rivalidades no hacen más que aflojar?, preguntó el entrevistador de la Radio Pública Nacional (NPR) al distinguido autor. Quien reconoció que así era. Hay mucha envidia y enemistad, dijo el autor. Y trató de explicarse: Es como una balsa que se está hundiendo y a la que demasiada gente quiere subirse. Así que cada empujón que des, sube un poco la balsa a tu favor.

Si leer aumenta realmente la empatía, como se nos dice constantemente que hace, parece que la escritura la disminuye un poco.

Una vez, en una charla, alarmaste al público que abarrotaba la sala diciendo: ¿De dónde sacan todos ustedes la idea de que ser escritor es algo maravilloso? No es una profesión sino una vocación de infelicidad, dijo Simenon que era la escritura. Georges Simenon, que escribió cientos de novelas bajo su propio nombre y cientos de otras bajo dos docenas de seudónimos, y quien, cuando se jubiló, era el autor que más vendía del mundo. O sea, un montón de infelicidad.

El que presumía de haberse acostado con más de diez mil mujeres, bastantes, si no la mayoría, prostitutas, y el que se consideraba feminista. El que tenía como mentor literario nada menos que a Colette y como amante nada menos que a Josephine Baker, aunque se dijo que terminó con esa aventura porque interfería demasiado con su trabajo, pues ralentizó la producción novelística de ese año hasta una patética docena. Quien, al preguntarle qué le había convertido en novelista, respondió: Mi odio hacia mi madre. (Eso es mucho odio.)

Simenon el *flâneur*: Todos mis libros se me ocurren cuando camino.

Tenía una hija que estaba psicóticamente enamorada de él. Cuando era una niña pequeña le pidió un anillo de boda y él se lo dio. Ella hizo que se lo ensancharan para que le cupiese en el dedo a medida que crecía. A los veinticinco años se pegó un tiro.

P. ¿Dónde consigue una joven parisina una pistola?

R. En un armero acerca del cual leyó algo en una de las novelas de papá.

Un día, en 1974, en la misma aula de la universidad donde a veces doy clase, una poeta les anunció a los participantes del taller que estaba dando ese semestre: Quizá no esté aquí la próxima semana. Más tarde, en su casa, se puso el viejo abrigo de piel de su madre y con un vaso de vodka en la mano se pegó un tiro en el garaje.

El viejo abrigo de piel de la madre es el tipo de detalle que a los profesores de escritura les gusta señalar a los estudiantes, uno de esos detalles reveladores -como la manera en que la hija de Simenon consiguió su pistola- que abundan en la vida pero suelen faltar en la ficción escrita por los estudiantes.

La poeta entró en su coche, un Cougar *vintage* de 1967 color rojo tomate, y arrancó el motor.

En el primer curso de escritura que impartí, tras enfatizar la importancia del detalle, un estudiante levantó la mano y dijo: No estoy en absoluto de acuerdo. Si quieres un montón de detalles, deberías ver la televisión.

Un comentario que yo terminaría considerando no tan estúpido como parecía.

El mismo estudiante también me acusó (sus palabras fueron *escritores como usted*) de tratar de asustar a la gente haciendo que la escritura pareciese mucho más difícil de lo que era.

¿Por qué íbamos a hacer algo así?, pregunté.

Venga, dijo, ¿no le parece obvio? No hay pan para todos.

Mi primera profesora de escritura solía decir a sus alumnos que si había algo más que pudieran hacer con sus vidas en vez de convertirse en escritores, cualquier otra profesión, debían hacerlo.

Anoche, en la estación de Union Square, un hombre estaba tocando «La vie en rose» con la flauta, *molto giocoso*. Últimamente me he hecho vulnerable a las melodías pegadizas y, como era de esperar, la canción, en la versión jovial del flautista, me lleva incordiando todo el día. Dicen que la manera de librarse de una melodía que se te ha pegado es escuchar un par de veces la canción entera. Escuché la versión más famosa, la de Edith Piaf, por supuesto, que escribió la letra e interpretó por primera vez la canción en 1945. Ahora es la voz extraña, quejumbrosa de ese pequeño gorrion y alma de Francia la que no me deja en paz.

También en la estación de Union Square, un hombre con un letrero: DIABÉTICO SIN TECHO NI DIENTES. Esa es buena, dijo un pasajero mientras lanzaba algo de cambio en el vaso de cartón del hombre.

A veces cuando estoy ante el ordenador se me abre una ventana: ¿Estás escribiendo un libro?

¿De qué quiere hablarme Esposa Tres? No soy tan curiosa como imaginas. Si hubiera habido una carta o algún mensaje tuyo, seguramente ya obraría en mi poder. Quizás esté planeando otro tipo de homenaje, una colección de recuerdos escritos, por ejemplo, y, si ese es el caso, de nuevo estará haciendo algo que dijiste que no querías.

Tengo miedo del encuentro, no porque ella no me guste (no es eso), sino porque no quiero participar en ninguno de esos ritos.

Y no quiero hablar de ti. Nuestra relación era de algún modo particular, no siempre comprensible para los demás. Yo nunca pregunté, y por eso nunca supe, lo que le contabas a cualquiera de tus esposas sobre nosotros. Siempre te agradecí que, a pesar de que Esposa Tres nunca fuese mi amiga como lo fue Esposa Uno, al menos no fuera mi enemiga como Esposa Dos.

No era culpa suya que vuestro matrimonio conllevara ajustes respecto a tus amistades, eso ocurre en los matrimonios. Tú y yo éramos uña y carne cuando te encontrabas entre una esposa y otra, en periodos que nunca duraban mucho porque eras, hasta extremos patológicos, incapaz de estar solo. Una vez me contaste que, con escasas excepciones, tales como viajes por trabajo, en una gira para presentar tu libro, por ejemplo (y no siempre), no habías dormido solo ni una noche durante cuarenta años. Entre esposa y esposa siempre había alguna novia. Entre novia y novia había rollos de una noche. (También estaban las que te gustaba considerar «pasajeras», pero esas no se quedaban a dormir.)

Hago aquí una pausa para confesar, algo avergonzada, que nunca oí la noticia de que te habías enamorado sin experimentar una punzada de dolor y que tampoco contuve los arrebatos de júbilo cada vez que oía que lo estabas dejando con alguien.

No quiero hablar de ti ni oír a los demás hablar de ti. Es un cliché, por supuesto: hablamos de los muertos para recordarlos, para mantenerlos, del único modo que sabemos hacerlo, vivos. Pero he descubierto que cuanto más habla la gente sobre ti, por ejemplo cuando hablaron durante el homenaje -gente que te quiso, gente que te conocía bien, gente que es muy buena con las palabras-, más siento que te esfumas, que te vas convirtiendo en una especie de holograma.

Me alivia al menos no haber sido invitada a tu casa. (Todavía es *tu casa*.) No es que tenga una conexión particularmente fuerte con ella, ya que solamente he estado dos o tres veces en los años en que fue tu hogar. Sí que me acuerdo bien de mi primera visita, poco después de que te mudases, cuando me hiciste una visita guiada por tu edificio de piedra rojiza, en cuyo interior admiré las estanterías de obra y las hermosas alfombras extendidas sobre suelos ajados de madera de nogal, y todo aquello me hizo recordar lo burgueses que son los escritores contemporáneos. Una vez, en el transcurso de una magnífica cena celebrada en casa de otro escritor, alguien trajo a colación la famosa regla de Flaubert de vivir como un burgués y pensar como un semidiós, aunque nunca entendí cómo la vida de aquel hombre rebelde podría parecerse a la de cualquier burgués normal y corriente. Hoy en día (los comensales estaban de acuerdo) el bohemio inútil prácticamente había dejado de existir y había sido reemplazado por el *hipster* conocido por su pedantería, su perspicacia como consumidor, su paladar y otros gustos cultivados. Y aunque parezca mentira, afirmó nuestro anfitrión abriendo una tercera botella de vino, muchos escritores de hoy admiten sentir apuro o incluso vergüenza en relación con su trabajo.

A ti, que te mudaste allí décadas antes de su auge, te entristecía el ver que Brooklyn se había convertido en una marca y te asombraba el hecho de que escribir acerca de tu propio barrio se hubiera convertido en algo tan difícil como lo era escribir acerca de la contracultura de los sesenta: independientemente de lo serio que uno pretendiera ser, la tinta de lo paródico se filtraba a través de todo aquello.

Tan célebres como las palabras de Flaubert son las de Virginia Woolf: *Uno no puede pensar bien, amar bien, dormir bien, si no ha cenado bien*. Comprendido. Pero el artista muerto de hambre no siempre fue un mito, ¿y cuántos